

del barón. Ahora debe de estar cerca del hotel y le haremos venir á toda prisa. ¿Qué les parece?

— ¡ Bueno! — contestó Felipe, á quien parecía agrada-
dar esa proposición, pues era de temperamento dema-
siado nervioso para soportar pacientemente la espera.
— Si por ese medio pueden ustedes hacer que anticipe
algunos instantes su venida, siempre habremos ganado
eso.

— Ven, muchacho — dijo el gascón á Passepoil. —
Iremos cada cual por nuestro lado, para encontrarlo.

Tú, por aquí, yo, por allí — añadió, designando su
derecha y su izquierda. — ¡ Hasta luego, chiquitín!
¡ Adiós, señora Olimpia!

— Señor duque, señora duquesa, tengo el honor de
presentarles mis humildes respetos — pronunció el
incorregible Amable, inclinándose ceremoniosamente.

Y, dichas estas palabras, desaparecieron los dos
esgrimidores.

XXV

LOS INFORMES DEL BARÓN DE POSEN

Aun no había transcurrido un cuarto de hora de la
salida de Passepoil y Cocardasse, cuando el viejo Flo-
rentino anunció al barón de Posen, que entró casi ins-
tantáneamente.

El barón de Posen, ó el señor Helouin, pues se re-
cordará que bajo ese título nobiliario y bajo este ape-
llido se ocultaba el mismo personaje, era poco más ó
menos el mismo hombre que hemos conocido en otros
tiempos.

Los años pasaron por él sin dejarle huellas, y habría
que examinarlo con una lente para distinguir los lige-
ros desperfectos que le causaron.

Á pesar de su aspecto siempre frío y acompasado,
acentuado aún más por el tiempo — tal vez fuera este
el mayor cambio operado en su persona, — no por eso
dejaba de disponer de una actividad extraordinaria.

Nunca abandonó su oficio de policía aficionado, en el cual había adquirido extremada habilidad.

Además, ya le hemos visto trabajar.

Pero la práctica, desarrollando cada vez más su olfato de sabueso, acabó también de afinar sus facultades intuitivas de observación, y esto, en tal proporción, que ningún agente del teniente general de policía Sartine, por astuto que fuera, podía sobrepujarle, tanto en destreza como en penetración.

Varios asuntos tenebrosos que le encomendaron algunos particulares fueron aclarados por él con sagacidad rayana en prodigio.

Y para seguir y ultimar uno de esos asuntos de complicación capaz de despistar á la misma esfinge, tuvo que permanecer mucho tiempo fuera de Francia.

Abramos aquí un paréntesis para decir que podríamos contar una historia extraordinaria.

Desgraciadamente, como los hechos que la constituyen son del todo ajenos á nuestro relato, nos vemos obligados á pasarlos por alto, con gran pesar nuestro... y quizás también de nuestros lectores.

Añadamos, sin embargo, que pensamos escribir algún día esa historia que raya en lo fantástico, si es que tenemos tiempo y si, sobre todo, llegamos á conocer todos los detalles ciertos de dichos episodios, acerca de los cuales no estamos aún suficientemente documentados.

Así que hubo entrado el barón de Posen, salió Felipe á su encuentro y le dijo:

— Querido señor Helouin, no dudará usted el placer

que la duquesa y yo tenemos en volverle á ver tras tan larga ausencia. No obstante, si usted permite, aplazaremos para otro día el capítulo de efusiones, para hablar sin preámbulos del objeto que aquí le trae.

— Iba á proponérselo, caro Felipe — contestó el barón.

Y, sonriendo, añadió:

— Me atrevo á creer que me autorizará usted á llamarle así, en razón de nuestra antigua amistad.

— Indudablemente; y me enfadaría si, como Passepoil, nos antepusiera usted el duque y la duquesa á cada palabra. Y á propósito, ¿los habrá usted visto ahora á él y á Cocardasse?

— En efecto, he visto al último, al entrar en esta calle. Me ha enterado de la impaciencia con que usted me aguardaba; por esta razón, aunque ya me apresuraba á venir, he precipitado mis pasos, después de haberle encargado que busque á Passepoil y que me esperen en el Pequeño Chatelet.

No quería que sepan aún lo que tengo que revelar á usted.

Sé que son discretos á toda prueba; sin embargo, conviene que lo ignoren todo hasta nueva orden.

Y ahora, llevo á lo que le interesa.

Entonces, con todos los miramientos posibles, Helouin comunicó á los duques todo lo ocurrido á Blanca y á Luisa los dos días anteriores.

Pero á pesar de suavizar los acaecimientos, Felipe y Olimpia quedaron tan compungidos á las primeras palabras, que permanecían como alelados, pensando que eran presa de horrible pesadilla.

Circunstancia que permitió al barón terminar por completo su relato.

— ¡Por vida de! — rugió por fin Felipe así que hubo recobrado el habla. — ¡Mi hija, mi Blanca, en el Parque de los Ciervos!... ¡Ah! ¡Ira de Dios! ¡El rey, por muy rey que sea, va á pagarme caro tan cruel ultraje!

Y alzando la voz hasta hacer temblar los cristales, gritó:

— ¡Un caballo! Un caballo inmediatamente... corro á Versalles...

Ciego furor le invadía. Sonrojándose de vergüenza al pensar en la deshonra hecha á su apellido, caminaba como loco por el cuarto, tropezando violentamente con los muebles y lanzando una serie de imprecaciones contra Luis XV y la favorita.

— ¿Pero y el caballo? ¡Venga un caballo! — clamó de nuevo al cabo de un rato, olvidando que no había llamado para que ejecutasen sus órdenes.

Durante ese tiempo, Olimpia que habíase desplomado sin fuerzas en una butaca, lanzaba sordos quejidos, próxima á desmayarse.

La pobre madre, atacada en lo que de más querido tenía en el mundo, sentía destrozársele de dolor el corazón.

Porque su hija, ángel de pureza si los hubo, estaba perdida para siempre para ella... Y hubiera preferido mil veces verla muerta que saberla en aquel lugar de infamia.

De pronto, paróse el duque, y, colocándose frente al barón y echando chispas por los ojos, le dijo:

— ¿Y dice usted que es cosa de poca importancia? ¡Si no tuviera en cuenta los inmensos servicios que usted me ha prestado, señor de Posen, le pediría en seguida una satisfacción por lo que considero sangrienta ironía!

— Querido Felipe, le ruego que no se arrebate de ese modo — díjole Helouin. — En primer lugar, no me he explicado yo en esos términos con Cocardasse y Passepoil.

He hablado de las consecuencias anodinas que podrían emanar de los sucesos de que se trata y no de la gravedad que éstos encierran en sí mismos.

— ¡Cómo! ¿Ve usted en ellos consecuencias anodinas? ¡Mi hija deshonrada, manchada abominablemente, no teniendo ante sí más que una vida miserable, sin alegría ni dicha en lo sucesivo! ¡Y nosotros mismos, obligados á huir, por no soportar la vergüenza de esa ignominia!

¡Pero no sin haber lavado la injuria con la sangre del culpable! — añadió sordamente.

— ¡Ay! amigo mío, he ahí precisamente su error. No se precipite en ponerlo todo en el peor caso. No; su hija no está deshonrada. Es tan pura hoy como cuando estaba en el convento de las Agustinas. Tengo pruebas seguras de que Luis XV se ha visto obligado á respetarla.

— ¿Es verdad eso, señor de Posen? — exclamó el duque, algo tranquilizado por tal aserto.

— Recuerde que nunca digo nada sin estar completamente seguro.

— Sin embargo, he oído decir, con frecuencia, que

ninguna de las desgraciadas que entran en ese lugar maldito sale de él con el honor intacto. Quieran ó no, ellas, una vez en ese antro, son objeto de los placeres del monarca. Acerca de ello me han contado cosas monstruosas.

En caso de que se rebelen, parece ser que emplean narcóticos, butacas articuladas para impedir todo medio de resistencia. Supongo que usted estará tan enterado como yo.

— ¡Sin duda alguna!

— ¡Pues bien! ¿quién le dice — continuó Felipe, volviendo á su cólera — que no se ha apelado á esos recursos para con mi hija? Conozco demasiado á Blanca para suponer ni un solo momento que haya consentido en ceder de buen grado á los deseos del rey; no embargante, si la colocan en estado de no poderse defender, si le han hecho tomar uno de esos filtros que aniquilan la voluntad y vuelven al ser completamente pasivo, ¿no puede haber sufrido ella la suerte de otras víctimas?

— Nada de todo eso ha ocurrido: se lo juro. La sola cosa que han hecho, y de la que ya le he hablado, es dormirla para raptarla del convento. Pero, desde que despertó, es decir, mucho antes de ir Luis XV al Parque de los Ciervos, ha permanecido en completa posesión de sí misma, y, además, no ha tenido que rechazar los asaltos del rey, á quien ha impuesto por la dignidad de sus modales.

Ya ve usted que el mal es mucho menor de lo que creía al principio.

Y hasta puede ser reparado antes de mucho, por un simple paso que dé usted cerca del monarca, el cual, por otra parte, ignora la elevada extracción de la señorita Blanca — se me olvidaba decírselo, — y que, en cuanto la sepa, se apresurará indudablemente á devolverle su hija.

— ¡No faltaría más sino que titubease un segundo!

— profirió Felipe, iluminándosele las negras pupilas.

Luego, con amarga ironía, añadió:

— ¿No le quedará siempre la satisfacción de haber impreso en la frente de mi hija el imborrable estigma de la infamia, por el solo hecho de haber permanecido ella en ese lugar horrible?

— ¡Sigue usted aún en el error, Felipe! ¿quién lo va á saber?

— ¿Quién? ¡Pues todo el mundo!

— Al contrario, nadie, excepto ustedes, la abadesa de Picpus y yo. Los invitados de la señora de Coislín, ante los cuales apareció ella un momento, con la faz descubierta, no la conocían y nunca más tendrán ocasión de volver á verla.

Además, tampoco sabían por qué estaba al lado de la Pompadour ni de dónde venía.

En cuanto á ésta, la más culpable de todos, tengo motivos para creer que guardará silencio absoluto sobre tan triste cuestión. Claro que no hablo de esé Alcides Rigoberto ni de Teresa Vignon, que están también en el secreto.

Á éstos yo me encargo de hacerlos callar de manera radical.

Por tanto, una vez más, reconozca usted que la cosa, como consecuencias, se reduce á proporciones insignificantes.

Felipe tuvo que rendirse al fin á la evidencia.

La honra de su hija estaba á salvo, y su reputación intacta.

Después de temer por ella una desgracia inmensa é irreparable, la certeza de que se había librado de ésta produjo en el duque y en Olimpia el efecto de un bálsamo saludable que les vertiesen en el corazón.

Verdad es que no borraba esto el ultraje á ellos dirigido; pero, cuando menos, lo sufrirían ellos solos.

El duque se dispuso á ir inmediatamente á Versalles.

Aunque no era hora fácil de abordar al rey, que solía levantarse muy tarde, esperaba llegar hasta él.

En tanto que terminaba sus preparativos, Helouin parecía reflexionar.

— Querido Felipe — dijo de repente, — antes de marcharse, permítame le diga que su diligencia no debe tener como único objeto la libertad de la señorita Blanca.

— Es verdad — observó el duque, — también tengo que pedir la de la pobre Luisa. El egoísmo paternal me la hacía olvidar. Esté usted tranquilo, las dos saldrán juntas del Parque de los Ciervos.

— Aun hay algo más. Tiene usted que solicitar también la liberación de otras dos personas.

— ¿Eh? No comprendo. ¿De quiénes quiere usted hablar?

— De su hijo y del señor de Dizons.

— ¿De mi hijo? — preguntó Olimpia, que saliendo de una angustia caía en otra. — ¿Qué le ha sucedido? ¡Gran Dios! ¿Está en peligro? Por favor, díganos la verdad, caballero...

— Explíquese, barón — insistió el duque. — ¿En dónde están Enrique y Romualdo? Creía yo que el marqués había pasado la noche en un baile de máscaras dado por una dama de la corte que reside en las inmediaciones de Versalles.

— ¡Pobre muchacho! Eso hubiera sido de desear. Desgraciadamente, la ha pasado en un lugar muy distinto... que en nada se parece á un salón de baile. Por otra parte, hubiérale sido difícil, pues el baile á que acudió fué el de la señora de Coislin.

— La señora de Coislin, ¿esa mujer que, según lo que acaba usted de decirnos, ha hecho raptar á Luisa Moutier... y en cuyos salones se han reconocido Blanca y Luisa?

— La misma, en efecto... y cuya recepción no ha durado sino hasta las once apenas, pues los invitados se retiraron después del incidente que les he narrado acerca de la infortunada Camila.

— En ese caso, ¿habrá visto á Blanca?... ¿Y no ha intentado arrebatársela de manos del rey?

— No; no ha visto á su hermana; de lo contrario hubiera procedido como usted dice, pues había acudido expresamente para eso, acompañado del señor de Dizons; pero al llegar ambos, ya se la habían llevado con Luisa. Yo soy el que les enteré de esto, pues me hallaba allí disfrazado de astrólogo.

— ¿Entonces se habrán lanzado en persecución de los seductores?

— ¡Ay! sí, á pesar de cuanto yo hice para impedirselo.

— ¡Cómo! — exclamó Felipe, con profundo estupor; — ¿ha intentado usted impedirselo?

— Naturalmente, en vista de que adivinaba las desastrosas consecuencias que podían resultar de semejante persecución, consecuencias que, según mis previsiones, se han producido, desgraciadamente.

— ¡Caramba! me parece, señor de Posen, que, cualquier cosa que pudiera ocurrir, la conducta de esos dos pobres muchachos estaba muy indicada, y no veo por qué quería usted retenerlos.

— Sin embargo, es bien sencillo. Seguro de que ni la señorita Blanca ni su amiguita corrían ninguna clase de peligros, pensaba yo que valía más dejar las cosas como estaban, hasta el regreso de ustedes, que me habían anunciado para hoy, y que necesariamente comportaría la libertad de ambas prisioneras, que acudir á la violencia para obtener esa libertad.

Creí, pues, mi deber, tratar de disuadir á Enrique y á Romualdo, de una expedición tan aventurera, sabiendo que no sacarían de ella nada bueno.

Y la experiencia ha demostrado que yo tenía razón.

— ¿Qué ha ocurrido, pues?

El señor de Posen sentóse tranquilamente en una butaca, mirando á sus huéspedes, que, en su ansiedad, habían olvidado ofrecerle asiento.

— Me permiten ustedes ¿verdad? Este será el primer

descanso que tomo desde hace veinticuatro horas; puesto que ustedes me han interrogado sin dejarme tiempo para respirar.

Luego, viendo el aire turbado de Felipe, añadió:

— ¡Oh! tranquilícese; no quiero dejarle angustiado y voy á contarle todo lo sucedido.

El barón completó entonces su primer relato, explicando al duque el combate verificado por los jóvenes contra el rey y Ayen; la detención de Enrique y Romualdo, por los soldados de guardia, en la calle de Saint-Médéric, y la orden del monarca para conducirlos á la Bastilla.

Durante toda esta narración, Felipe se paseó febrilmente, dejando ver á su interlocutor todas las impresiones que se reflejaban en su fisonomía.

— ¡Ah! ¡qué muchachos tan valientes! — exclamó — ¡qué bien se han portado! ¡Y nosotros que acusábamos á Enrique de habernos olvidado por divertirse!

— ¡Oh! ¡sí, sí! ¡ese es mi hijo! — añadió Olimpia con orgullo. — ¡La sangre de los Lagardère no puede mentir!

— ¿Y dice usted que los han encerrado en la Bastilla?

— Es decir, deberían haber ido allí; pero no han podido recibirlos por falta de sitio.

— ¿En ese caso, en dónde están? ¿En Vincennes, tal vez?

— Tampoco, pues está también todo lleno... Las prisiones del Estado se ven muy concurridas. El único

sitio en que quedaban locales disponibles era el Gran Châtelet, y ahí es donde los han encerrado.

— ¡En el Gran Châtelet!... ¡con asesinos y ladrones!... ¡No es posible!...

— ¡Oh! no están en contacto con éstos. Veo que no conoce usted, querido Felipe, la actual organización de esa cárcel. Ciertamente contiene buen número de malhechores; pero también es residencia de gentes de calidad, que se mandan allí cuando no hay sitio en la Bastilla ni en Vincennes, lo cual sucede, según parece, en varias circunstancias.

Felipe preguntó con ansiedad:

— ¿Está usted seguro de que Enrique y Romualdo se hallan en el Châtelet?

— Segurísimo — respondió Helouin. — Por obtener esta certidumbre es por lo que he retrasado mi llegada aquí, enviándoles mientras tanto á Cocardasse y á Passepoil.

— Está bien, yo me encargo de hacerlos salir de ahí.

— En lo que concierne al marqués, es casi seguro que no ofrecerá eso ninguna dificultad y que le bastará á usted decir una palabra para que lo suelten.

En primer lugar, sólo se ha peleado con el duque de Ayen, lo que permite considerar esa lucha como un simple duelo. Además, se batía para libertar á su hermana, y, por consiguiente, su agresión era muy legítima.

Mas el caso del vizconde es muy diferente.

Ha asaltado al rey en persona, es decir que ha cometido el crimen de lesa majestad. Además, como no es

pariente en grado alguno de la señorita de Moutier, su ataque no está justificado como el de Enrique.

Podría suceder, pues, que se agarrasen á estas dos razones para negar su libertad.

— ¡Diantre! — exclamó el duque, quedándose perplejo — su observación me parece muy exacta. No pensaba yo en tal eventualidad.

Luego, tras un momento de reflexión, añadió:

— ¡Bah! no importa. Al defender la causa de Enrique, defenderé también la suya, y con tanto calor, que Luis XV acabará por concederme asimismo su gracia.

— ¡Hum! mucho me temo que se engañe usted, caro Felipe. Ya sabe usted que Su Majestad es intratable para cuanto toca á su persona sacrosanta, y es poco probable que sólo con su elocuencia consiga usted apiadarle de la suerte de Dizons.

— Y sin embargo, no tengo otro medio á mi disposición, á menos que usted me lo proporcione.

— Eso es precisamente lo que voy á hacer y creo que con éste, su empresa tendrá verdadero éxito.

Al mismo tiempo, el barón sacó del bolsillo una cartera, cogió de ella un papel doblado en cuatro y lo tendió al duque.

— ¿Qué es esto? — preguntó Felipe.

— Es una carta de la madre del vizconde, escrita por ella al padre de este último, pocas horas antes de su muerte.

— ¡Ah! ¿no estaba á su lado en tan doloroso momento?

— ¡Él! — exclamó el barón, con irónica sonrisa. — Estaba harto ocupado en otros sitios, para poder hallarse allí. Pero, lea usted : esas líneas le dirán mucho más de lo que yo pudiera decir.

El duque desdobló el papel y leyó en alta voz lo que sigue :

« Luis : Voy á morir, á morir abandonada de usted que ya no me ama, sin que yo sepa por qué me ha retirado su cariño ; abandonada también de mi familia, que renegó de mí el día en que me entregué á usted, y para la cual hace mucho tiempo que he dejado de existir.

« La pérdida de su amor, sire, unida á la del cariño de mis padres, me haría considerar la muerte como una liberación, si, al morir, no me asaltase cruel pena.

« Pienso, en efecto, en la suerte futura de esta criatura que voy á dejar sola en la tierra y que, dentro de pocos años, se verá expuesto á todos los azares de la vida, sin protección, sin ningún guía que pueda ayudarle á franquear los obstáculos que inevitablemente ha de encontrar en su camino.

« Porque sé que poco puede contar con usted. Harto claramente me lo dió á entender en nuestra última entrevista, ya muy lejana.

« — Tendrá una posición desahogada — me dijo usted ; — pero deseo que nunca conozca los lazos que me unen á él. Esto sería tan molesto para él como para mí y quizás me obligara á tomar para con él ciertas

medidas... de separación que prefiero ahorrarme...

« Convengo en que el dinero puede salvar de muchas caídas, desviar muchos escollos. No obstante, no es posible que reemplace la constante solicitud de un padre, siempre pronto á retener á su hijo en la resbaladiza pendiente del mal, á iluminarle acerca de los actos reprobables á los que tan expuesto está uno á dejarse arrastrar.

« ¿Quién sabe, pues, si, algún día, Romualdo, privado del apoyo y de los consejos de una imaginación experimentada, llegará á cometer una de esas faltas graves para las que son tan severos los hombres y que castigan con todo el rigor de sus juicios?

« Aunque esto sólo sea una vaga hipótesis, puede llegar á suceder.

« ¡Pues bien ! Luis, he aquí lo que vengo á pedirle : que me prometa, si alguna vez, mi hijo — no me atrevo á decir nuestro hijo — llegase, á consecuencia de cualquiera circunstancia, á verse atacado por las leyes humanas y en situación bastante desesperada para no poder esperar nada á no ser de la omnipotente autoridad de usted, tenderle una mano clemente y sacarle generosamente de su situación.

« Hágame esa promesa, Luis, y, por mi parte, me comprometo á dejar siempre á Romualdo en la ignorancia de su cuna.

« Con este objeto voy á tomar disposiciones con la persona que me asiste en mis últimos momentos y en cuya discreción puedo confiar con toda seguridad.

« Contésteme pronto, sire mío, porque noto que me

debilito por momentos... y no quisiera morir sin saber que consiente usted en acceder á mi ruego.

« Ese será mi supremo consuelo.

« ¡Adiós! Luis, adiós!...

« ADELA DE RICHEMONT. »

XXVI

LO QUE ERA ROMUALDO

Cuando el duque hubo terminado la lectura, Olimpia y él miraron interrogativamente al señor de Posen.

— ¿Buscará usted á quien iba dirigida esta carta? — dijo el barón, contestando á aquella pregunta muda.

— En efecto — repuso Felipe — Indudablemente es un personaje muy elevado, á juzgar por las palabras « su omnipotente autoridad. »

— Y hasta es difícil ser más elevado.

— ¿Cómo? ¿Sería?...

— Sí, él es, el rey, Su Majestad Luis XV.

— En ese caso, ¿el señor Dizons?

— Es hijo suyo.

— ¡Oh! pobre muchacho! — exclamó Olimpia, con acento de profunda conmiseración.

— Hace usted muy bien en compadecerle, señora, — replicó el barón — pues no debe glorificarse él de haber nacido de tal padre. Por fortuna no sabe nada y proba-